

POEMA CAMPAL DEL PROJIMO

POR

EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ

A Jaime Ferrán.

...qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.

(JOAN., I, 13.)

I

*Hombre que vas y vienes—centinela
de ti propio—en deseos naufragando,
con tu isleño callar y con tus ojos
arrodillados, pese a tu habitable
corazón; que de antaño peregrinas
sobre la sed, en medio de la niebla
de tu silábica tristeza; que abres,
como puerta hasta el llanto, tu secreta
ternura vegetal; y no te inclinas
para escuchar si ya galopa el alba,
igual que cuando, solos en el campo,
el oído ponemos en la tierra;
hombre que olvidas que, por alumbrarte,
ardieron otros de tu sangre—¿acaso
no rebalsa de coros invisibles,
como mares internos, tu memoria?—.*

II

*Conduce tus rebaños de esperanzas,
sé para ellos como una providencia
en pequeño, y, lo mismo que el olor
del caoba, penetra en vibrante
vecino bosque humano.*

Entonces, hombre,

*verás cómo fulgura la ignorancia
que Dios te puso en el dolor que pones;
cómo en ningún lugar del cuerpo mío
faltan tus cicatrices; cómo pierde
gravedad la materia echada al vuelo;
y cómo quiero que mi canto sea
un río alucinado, desgajándose,
que a morir en tus brazos vaya, y quede
tu espíritu cual tierra removida...;
¡porque Dios está vivo y es bastante!*

III

*La ceniza es del hombre, como el frío,
del invierno; nacemos con el alma
descalza sobre cardos; y es el tiempo
nuestra derrota original. Por eso,
hombre, dobla tu frente, cual las ramas
en aire de cosecha, y el sudor
ciñe tú en ella igual que una corona.
Espera, espera más, abunda, porque
después que la esperanza se remonta,
la ilusión es un ave con las alas
cortadas.*

*Harapiento de fe pasas
—¡cual si crucificado no estuvieras!—,
la saliva jaspeada de preguntas,
vivas células, siempre renovándose...
¿Cómo sin morir antes de ser, hombre,
quieres secar la sombra inabordable?*

IV

*Rozando la aridez, conyugalmente,
y aclimatado en un creer aldeano,
precipita certezas en tu albergue
más hondo, como abejas congregadas
junto al panal; y ciégate de Dios,
que hay un Indeclinable Dios que llaga
todos nuestros sentidos, que son pan*

*terrestre (la plural tierra se nutre
de lo denso de quienes nos dejaron,
con ojos vespertinos, su mirada
inconclusa hasta nunca).*

*Sólo así
temblarás en la yema de tus años,
como luz sorprendida, nuevamente;
y volverás a sonreír al mundo
tu cisnea niñez, con la belleza
de su sola ignorancia, allá, opacándose...*

V

*De la inocencia, sólo la pupila
huraña te ha quedado, viendo casi
sin mirar; mientras todas las traiciones
del mundo se te suben, como un golpe
de vergüenza en el rostro. Sin embargo,
tu soledad montés—tu hastío de hombre—
aún alarga los brazos del anhelo
hasta descoyuntarlos en vano. Ardes
en el soñar de la vigilia, cada
vez más cerca, humeando, de la móvil
ceniza de partida (te denuncian:
rasgan tu vestidura, el testimonio
diario del polvo encima de los muebles
y el olor misterioso de la sangre
a terreno mojado).*

VI

*¡Ah, cuando faltes
aquí con tu recóndita tablilla
de cera, estará todo a la intemperie
del olvido; que el tiempo, en claros de hombre,
torna difuso lo vivido! Lenta,
lentísima, declina tu memoria
en la vegetación, fría y creciente,
del odio... Mas, si a todos nos deshiela
un mismo Amor, vayamos, al silencio*

*del recuerdo apiñados, a la tenue
linde del meridiano despertar
juntos y colmenares, compartiendo
nuestras sacerdotales exigencias
a las contiguas cosas, que azuzamos
como para que rompan a llorar
y nos den su hermosura poderosa.*

VII

*El hombre necesita de la tierra,
de un surco, al menos, donde acurrucar
su incontenible ocaso. Tú ya irrumpes
a la luz, hombre, condenado a muerte.
Bajo tu fugitiva piel, la vida
te da voces, con esa sideral
fuerza de inatrapables, pajariles,
deseos de la infancia. Y estás pobre
de querer y querer, porque ninguna
dulcísima memoria amiga tienes
en lejanía, para deleitoso
allí reposar, hombre, mientras cruzas
a pie de amor, estelarmente, el llanto.
¡Si a través del gemido madrugamos
al universo!*

VIII

*Que por ello opongo,
a tus pasos murientes, mis murales
palabras: la frutal maternidad
del poema entreabierto junto al pecho.
No me lo debes, hombre; pero gana
con sudor el regazo de la tierra
—como su paz, el casto buey que rumia
su recuerdo nupcial de la faena—;
aguarda ansioso, en vela, el nacimiento
de tu muerte, lo mismo que si fuese
el de un alba azorada—nos morimos
más de prisa despiertos, vigilando—;*

*y sea tu dolor frágil, de pura
desnudez mendicante, porque siempre
lo temporal se quiebra contra el alma.*

IX

*El viento pastoril del corazón,
sonando dura lo que un nombre escrito
en la sacramental y errante nieve;
porque somos apenas, hombre, incómodos
transeúntes, salobres oleadas
de voces que atardecen. Avanzamos
con la sombra inicial a la rodilla
y el costado sediento (hacia el crepúsculo
es más humano el cielo); pero tú ama.
En la fronda de manos que te cerca
reparte una palabra de amor, aunque
ya no poseas otra y enmudezcas.
También soy hombre—¡mírame!—, y yo espero
mi íntima muerte amando, lo bastante
para sobrevivir al desconsuelo.*

X

*Sobre la timidez fuiste construído:
vas casi abandonado, como brizna,
al soplo náutico del miedo; cierras
a la luz bendiciente cuanto has sido,
para quedar a tientas, tropezando;
y tratas, hombre, de ocultar el ángel
indeleble y punzante. ¡Qué darías
por ser vuelo tan sólo: desterrada
raíz, inútilmente bella! Deja
que en la lisa orfandad de tu materia
se transparente la virtud, rutilante
y flote solitaria, como al pobre
le brilla nada más que su pobreza;
y que, con la violencia de una espiga,
se abra Dios al final de tu abandono.*